


J. Kessel

LA REPUBLICA DE LOS NIÑOS

 AY hechos que uno vacila en referir, de tal modo chocan con las verdades admitidas, con la rutina de la vida y con todo lo que parece identificarse con el recto sentido de las cosas.

Temí ya a la incredulidad al hablar de las celdas fraternales del valle del Emek. ¿Cómo no sentirme inseguro, pues, al comenzar la narración de mi visita a Kfar-Ieladina, república infantil situada en ese mismo valle? ¿Cómo hacer admisible que se trata de un lugar en donde ciento diez niños de ambos sexos, en su mayoría de doce a quince años, se gobiernan solos, abastecen casi por completo sus necesidades, poseen su tribunal, su prensa y su sistema electoral y todo ello sin que degeneren en confusión ni en chacota? ¿Y que todo esto funcione para el mayor bien de todos? Sin embargo, Kfar-Ieladina existe y no soy el único en admirarla. Explicaré, en resumen, lo que es.

Después de las horribles matanzas de judíos que efectuaron en Ucrania las hordas nómadas y hasta los

mismo ejércitos blancos regulares, quedó un incalculable número de huérfanos. La poderosa comunidad judía del Africa del Sur resolvió tomar algunos a su cargo y colocarlos en Palestina. Así nació Kfar-Ieladina. En sus comienzos, fué una institución análoga a todos los orfelinatos. Los pupilos, medrosos y disciplinados, en nada se diferenciaban de esos tristes chiquillos que, en los días festivos, hemos visto desfilar en lúgubres manadas por una ciudad de provincia. Cerca de un año transcurrió así. Por aquel entonces llegó un hombre que posee la más noble de las fortunas: la de ser querido por los niños. Su nombre es Pugacheff. Su retrato: una barba tirando a rojo, labios gruesos, arrugas profundas en la frente. Pero con unos ojos llenos de infinita bondad y de resplandeciente candor.

En Rusia era un pedagogo conocido. Pudo haberse quedado allá disfrutando de toda seguridad; pero amaba de veras a Palestina. Se vino y *creó* Kfar-Ieladina.

Las líneas esenciales de su método, que me expuso en un cuartito claro y alegre, son éstas: reemplazar la instrucción por la educación; desarrollar integralmente la individualidad pero tomando en cuenta las individualidades vecinas; emplear en su plenitud la hora que pasa; abolir la preparación utilitaria de la vida, que es una preparación mezquina y amarga; concentrar el pensamiento sólo en la labor presente, nada más que en ella y sólo para ella. Y con este fin, hacer vivir a los niños entre sí, según reglas elaboradas por ellos mismos.

Era un hermoso programa. Pero había que infundirle vida, encarnarlo en unos niños tímidos, trasplantados, desorientados, que en el alba de sus existencias habían recibido un bautismo tan terrible que a lo mejor los había quebrantado para siempre. Su nuevo guía empezó por domesticarlos. Iba de uno a otro conversándoles familiarmente con su voz apagada y sorda, tratando de hacerles sentir que no venía como maestro

sino como hermano mayor. Cuando hubo tendido este puentecillo—frágil aún—de confianza recíproca, reunió a los niños y les habló más o menos en estos términos:

—Amigos míos, no quiero imponeros nada. Debéis comprenderlo todo y dirigiros vosotros mismos. ¿Cuál es nuestra situación? ¿Dónde estamos? En el Emek, valle de Palestina. Para todos comienza aquí una vida nueva. Vosotros os dais cuenta de que es preciso participar en ella. ¿Cómo? ¿Os agradan las poblaciones árabes? No, porque son sucias. ¿Y las poblaciones rusas en donde habéis vivido? Tampoco, por la misma razón. Esto significa que queréis vivir en lugar propio. A vosotros os toca realizarlo: distribuir vuestro trabajo, escogerlo, entenderos. Yo solo estoy aquí para aconsejaros. No admito quejas, no distribuyo castigos. Arreglad ese asunto entre vosotros.

Planteado así el problema, Pugacheff dejó reflexionar a los niños por espacio de algunos días. En seguida suavemente, por medio de insinuaciones y sugerencias, les hizo descubrir el mecanismo esencial que debería regirlos. De esta suerte fué elaborada una constitución o carta fundamental y fué instituido un tribunal, único órgano de sanciones. En la constitución participaron todos. Fué el fruto de largas conversaciones mantenidas con fe y gravedad. Su base era la responsabilidad de cada cual. Sus artículos consultaban en detalle la administración y el desarrollo de la pequeña colonia. Su aplicación debía ser confiada a un comité de siete miembros elegidos entre ambos sexos. Durante un mes, Pugacheff explicó el valor de la constitución que fué aprobada por unanimidad. En seguida, dejó a los niños dos semanas de meditación para que escogieran sus delegados. Las elecciones se realizaron con la misma gravedad que había presidido toda esta gestación. Así se constituyó el comité directivo de Kfar-Ieladina formado por cinco muchachos y dos niñas. Cada cual tenía su misión: éste debía velar por el or-

den, ésta por la higiene, aquél por que todos asistieran a la escuela, aquélla por la compostura durante las comidas.

Pugacheff me decía:

—Es tal la autoridad de los directores que los niños se han dado que—le juro, sin ninguna intervención de mi parte—le basta a la chica encargada de vigilar el comedor, dar algunos golpes sobre la mesa para que se apacigüe el ruido más violento. Lo mismo sucede en las demás actividades. ¿Cómo se sostiene esta autoridad? ¿Mediante qué sistema penal? Este es el punto más delicado de todos los métodos de educación. Unos se inclinan por la represión, otros por la persuasión. Fiel al programa que me parece más conforme con la naturaleza infantil, dejé que los niños—así como se dirigían por sus propios medios—se juzgaran entre sí. El comité fué encargado de elegir tres jueces que yo presidí. Le confieso que las primeras experiencias se realizaron con verdadera angustia de mi parte. Temía dar cabida a la injusticia, a la crueldad que, según pretenden, son inherentes a la infancia. Pronto me tranquilicé. Los juicios se verificaban en presencia de todos. Y, aunque todos tenían derecho para acusar y para defender, nunca observé maldad ni pequeñez sino, al contrario, un amor por la equidad, una sensibilidad y una propensión a la excusa que honrarían a muchos tribunales de adultos. Estas sesiones constituyen ahora mi mayor alegría. ¿Sabe Ud. cuántas violaciones a la regla hemos juzgado en diecinueve meses? *Catorce*. Piense que hay aquí ciento diez niños y compare con las que se producen, por término medio, durante un mes, en los cursos de treinta alumnos de los liceos. El delito más grave fué cometido por dos muchachos que se introdujeron en la panadería donde se prepararon un pastel con dieciocho huevos. Ud. preguntará ¿cuáles son las sanciones que aplica el tribunal? La más importante es la privación de los derechos cívicos. No

se sonría. No sabe Ud. cuán sensibles a ello son los niños. Esta medida los deja afuera, al margen de los demás. Se sienten abrumados mientras les dura el castigo. A propósito, voy a contarle una historia que me conmovió profundamente. Tenemos aquí un muchacho con una herencia peligrosa. Su padre era alcohólico y la matanza que lo dejó huérfano se perpetró de un modo particularmente innoble. Sufría crisis de cólera desenfrenada, arrojándose sobre sus camaradas para morderlos. Fué juzgado y condenado a la pérdida de sus derechos cívicos por tres meses. Sin embargo, en consideración a las circunstancias que le he dicho, los niños resolvieron que el veredicto sólo se cumpliría si en estos tres meses él no se dominaba. Desde entonces, esto constituyó el espectáculo más conmovedor. El muchacho se retrajo. Andaba grave y mudo como si llevara consigo algo abrumador y precioso a la vez. Cada día fortalecía más su dominio. Jamás olvidaré el acento jadeante con que vino un día a decirme: «Ya van siete semanas». Esta lucha con sus instintos, esta reorganización interna en un niño de quince años, determinada solamente por la presión social, contiene una enseñanza que nunca se meditará lo bastante. ¡Y qué decir de la ansiedad general con que eran seguidos sus progresos! La colonia entera se apasionaba por la regeneración de este camarada. ¡Con qué inquieta alegría se seguían las etapas, con qué ingenua delicadeza se las ayudaba!

Concluida su exposición, Pugacheff me llevó a visitar la colonia. Los niños lo hacían todo. Vi el huerto donde un profesor, mientras azadonaban y cavaban, les enseñaba botánica y química vegetal. En la cocina, milagrosamente limpia, vi preparar la comida. Estuve en el lavadero, en la carpintería. Vi a los pequeñuelos empujando carretillas y a los mayores trabajando en el campo. Todos eran sanos y fuertes, sonrientes y graves. Dos o tres muchachitas me impresio-

naron por su belleza. Pero todos mostraban en sus ademanes esa nobleza que confiere una vieja estirpe, un clima benigno y una vida vigorosa.

Pugacheff me condujo a su pieza, reducida como una celda, y me mostró la colección del periódico quincenal que redactan en hebreo los niños de Kfar-Ieladina. Textos e ilustraciones estaban trazados por manos, torpes aún, pero escrupulosas. Pugacheff me tradujo algunas páginas. Entre ellas, una descripción de Kfar-Ieladina, un encuentro con los niños de Tel-José, un severo juicio sobre Tel-Aviv y la vida de las ciudades. También unos versos. Habían sido escritos por una chica de doce años, cuya madre—como las de todos—fué asesinada en Ukrania. La última estrofa decía:

¿Partiste, madre,
a un bosque sombrío?
Yo iba, descalza, detrás de ti y gritaba.
¿Por qué me dejaste?
¿Es para siempre?
¿Callarás para siempre?
¿Te he hecho algo?
No lo volveré a hacer,
pero respóndeme, respóndeme. . . .

(Traducción de S. Atria.)